EL DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO
ORÍGENES, PRESENTE, Y PROYECCIÓN PARA EL FUTURO
UN MENSAJE DE ESPERANZA

Por Daniel Kuri Breña
Profesor de la Facultad de Derecho de la UNAM

Epígrafe:
"Nuevo amor trae nuevo conocimiento, lo esencial de las cosas sólo se revela a los ojos del amante; a su vez el conocimiento de lo amado se fortalece y se hace duradero".

"No se deben confundir la ilusión con la esperanza."

Este ensayo sobre los fundamentos y el futuro desarrollo del Derecho Internacional Público, es mi aportación al homenaje que hacemos al doctor don Eduardo García Márquez, investigador emérito de la Universidad.

Tengo la esperanza, vigorosamente arraigada de que no viviremos un tiempo solamente de catástrofes, violencias, derrumbe, crisis y disolución de Instituciones. Sino más bien que los hombres seremos actores y protagonistas de lo que será estelido alegre de una aspiración social, jurídica, política y moral, que ha sido trabajada, viene tallándose y diseñándose desde hace mucho tiempo, y que llevará al mundo en esta activa y tenaz evolución económica, jurídica y política a su organización liberadora.

En esta ocasión me refiero a un tema central, la organización del hombre en los Estados y el Mundo, para la paz justa y duradera.

ANTECEDENTES

Al impartir mi cátedra de filosofía del Derecho del presente año afir-

1 LANSBERG, Pablo Luis, La Edad Media y Nosotros, "Revista de Occidente", 1944, pp. 6 y 7.
mé que: la aplicación del derecho justo conducirá a la paz. Recordé que en una conferencia que oi en San Francisco, California, el profesor Hans Kelsen dijo: "El fin del Derecho es la paz."

Un alumno me preguntó en tono enérgico, ¿cómo y cuándo será posible que el mundo viva en paz, si por una parte ha sido el anhelo más profundo del hombre, y por otra la historia es casi la narración sucesiva de la guerra?

Esta juvenil pregunta tan bien planteada me obligó a concentrarme en ese tema, a recordar estudios, a completarlos con nuevas investigaciones, y al resultado que me atrevo a esbozar de esta esperanza.2

Todos los datos son bien conocidos por historiadores, filósofos y juristas; para ellos no se necesitan mayores explicaciones; pero quienes no se han dedicado con vocación al estudio de la Filosofía Jurídica o del Derecho Internacional, vale la pena recordar los acontecimientos y los estudios sobre este tema.

Soy alérgico a las inversiones y fantasías de quienes gustan encontrar o imaginar el origen de alguna ciencia social de tiempos no históricos, en consecuencia no comprobados.

En la Edad Histórica, todos recordamos las guerras que la historia ha descrito de los pueblos de cultura primitiva o avanzada, en el Mediterráneo o en Europa, Babilonia, Egipto, Persia y Grecia, Esparta y Atenas, a las batallas navales o terrestres de naciones contra naciones, guerras del Peloponeso, las guerras contra Persia.

Terminaban las guerras cuando se establecía un imperio en China dominando a Asia; después en Grecia el efímero Alejandro el Grande, que sometió al Oriente y al Mediterráneo.

Luego Roma conquistadora, repetición de otro Imperio del mundo conocido; los imperios difundían la cultura y establecían la paz, más aquella que ésta; el Imperio de Alejandro helenizó a Oriente hasta el Ganges, el Imperio Romano hizo posible la Pax Romana (la paz Octaviana), estableció su derecho en Europa, en la Europa conquistadora del mundo conocido.

2 Cuando Hans Kelsen impartía en Viena sus últimas clases, sus alumnos le interrogaron, ¿de dónde proviene la norma fundamental?, a lo que contestó: de otra anterior. ¡Y si ésta se cambiara!; de una Revolución —elemento sociológico— Verdross, su alumno más esclarecido dijo: del Derecho Internacional y escribió su tratado. He querido solamente ofrecer los principios en los que se puede fundar este orden mundial. El brillante economista contemporáneo John Kenneth Galbraith, en su estudio sobre El Desarrollo de los Pueblos, dice en cuanto al problema de la amenaza de la guerra atómica, que en éste como en todos los problemas, es preciso que los hombres no sólo avisen o adviertan el peligro, sino que actúen para resolverlo.

Afirmó: Tema que en este como en otros graves problemas que avisan, advierten y amenazan hombres de gran talla: filósofos, profetas, teólogos, religiosos, pero actúan, según tema, hombres de diferente contexto: sea traficantes, por eso, mientras los unos advierten del peligro y no son escuchados, los otros hacen proliferar artefactos nucleares bélicos, los colocan en los países pequeños o medianos o grandes en forma estratégica, y amasan fortunas sin importarles el riesgo, el peligro cierto, ni las consecuencias criminales.
Es cierto que el Derecho Romano pudo dividirse en Jus Naturale, Jus Gentis, Jus Civile, el primero común a todos los hombres, el segundo derivado de las costumbres de los pueblos sometidos, antes llamados bárbaros, y el tercero aplicable a las ciudadanos romanos. Pero no hubo ni podía haber *jus inter gentium o Inter gentes*.

Todo esto con el trasfondo histórico de la esclavitud; desprecio al débil, a la mujer, al niño, al esclavo y al extranjero.

Roma sintió la influencia del Cristianismo al que persiguió cruelmente, y después lo admitió. Con el Edicto de Milán el año 315, *con el Cristianismo* comenzó el respeto a los débiles, a la mujer, al niño, al enfermo, al anciano, a quienes el paganismo, aun en sus más nobles pensadores, despreciaban. Ejemplo: Sócrates, Platón, Aristóteles, Séneca.

Después del derrumbe del Imperio Romano, el maestro de filosofía San Agustín, trazó los lineamientos del mundo futuro y comenzó a organizarse Europa con otra configuración.

La Edad Media concluyó con una organización jerárquica: provincias, reinos, e imperio, Sacro Imperio Romano Germánico. Una autoridad universal y jurídica de orden temporal y una autoridad espiritual universal: el Pontificado.

Es claro que el Pontificado existió mucho antes, cuando Nuestro Señor Jesucristo llamó a San Pedro cabeza de la Iglesia. San Pedro y sus sucesores se trasladaron a Roma.

El Sacro Imperio Romano terminó como terminan todos los imperios "Hechos con manos mortales", como dijo certeramente San Agustín.

Se prefiguraron y se establecieron las nacionalidades. Vino el Renacimiento, una vuelta imposible al paganismo, y la separación de los países protestantes.

Surgieron nuevos imperios: el español, después el inglés, el francés, el belga, el holandés, el portugués y el alemán, que ya terminaron.

Ahora el dominio mundial es disputado por los bloques EU, URSS, China, con armas nucleares.

Los hombres se empeñan, como dice Arnoldo Toynbee, en sacralizar sus diferencias y en afirmar sus desuniones.

**UNA HISTORIA ADMIRABLE**

En el siglo xvi, en plena expansión del Imperio Español, un dominico, maestro de Teología en la Universidad de Salamanca, plantó en términos morales y jurídicos, la justicia o injusticia, los títulos que los españoles pudieran o no tener, para conquistar América y someter a los indígenas.

Es decir discutió si España tenía derecho a extender su Imperio. También discutió el origen de la autoridad Política y Religiosa, como
lo hicieron todos los teólogos y filósofos juristas, del Siglo de Oro, Suárez, Bañós, Soto, Molina.

Esto ocurría por el año 1589 al buscar el catedrático de Salamanca la justicia o la injusticia de la conquista, y formuló la "suma de los derechos y de los deberes entre las naciones", como dijo en su Política de Vitoria (Antonio Gómez Robledo), es decir fundó el Derecho Internacional.

Según explica Rafael Aguayo Spencer, en su documentado estudio, "Las reelecciones jurídicas de Vitoria", Edit. Jus, pp. 26 y 27, era costumbre en las Universidades de la época, celebrar, por lo menos una vez al año, en los días de asueto que no fueran Domingos ni fiestas de precepto, actos públicos en los cuales los catedráticos propietarios debían leer una disertación, generalmente sobre los temas tratados en el año escolar, o sobre algunos de aquellos que, planteados por la realidad del medio, trascendían a las aulas creando inquietud entre los alumnos.

A estas conferencias se les llaman reelecciones o repeticiones.

Nada mejor para el genio creador de Vitoria, prosigue Aguayo Spencer, que estas reelecciones que lo ofrecen motivo para recoger problemas que se discuten apasionadamente en el medio social español elevándolos a principios de orden general.

Trece reelecciones leyó Vitoria durante su vida de catedrático; algunas se relieren exclusivamente a asuntos teológicos; otras, sin dejar de ser teológicas, plantean problemas jurídicos, tales las reelecciones de Indis, la de Jure Belli y la de Potestate Civili.

Una enorme importancia concedieron los contemporáneos a la obra vitoriana, como lo demuestra el número de ediciones que se hicieron durante los siglos XVI y XVII.

BIOGRAFÍA DEL FUNDADOR DEL DERECHO INTERNACIONAL

Nace Vitoria probablemente, en la ciudad de Vitoria, capital de la provincia de Alava, entre los años de mil cuatrocientos ochenta y tres, y mil cuatrocientos ochenta y seis. De allí fue llevado por sus padres a Burgos, donde toma el hábito de los predicadores hacia 1505 en el viejo y famoso convento de San Pablo en Burgos.

En 1506 fue enviado a París donde estudió artes con Pedro Crocart y Teología con Juan Fenario. El capítulo general de la Orden celebrado en Génova le nombra, en 1513 profesor de las Escuelas Mayores de París, impartiendo sus cátedras en el Colegio de Santiago.

Permanece en Francia hasta el año de 1523 y regresa a España para hacerse cargo de la regencia del Colegio de San Gregorio de Valladolid.

Al vacar en 1526 por la muerte de Pedro de León la cátedra de Prima de Teología, la orden nombra opositor a fray Francisco de
Vitoria que tiene que contender con el célebre portugués Margallo. Después de haber expuesto la materia frente a los alumnos, según el sistema seguido en la Universidad, la votación se inclina en favor del maestro Vitoria que fue “metido en posesión” de su cátedra en el mes de septiembre de 1526. Ya no saldrá de ella hasta el día de su muerte, acenida el 12 de agosto de 1546.

Ningún cargo político tuvo en su vida, nada que pudiera alejarlo del pensamiento y de su profesión de maestro a la cual se consagró y sirvió con tan gran amor que, en los últimos años, tuillado y con terribles dolencias se hace llevar al aula en hombros de sus alumnos para seguir impartiendo sus conocimientos.

Entre las respuestas que se dan al apasionante problema hubo una que por su amplitud rebasa las circunstancias accidentales del problema. La tesis fue sustentada por el año de 1539 en la cátedra de Prima de Teología de la Universidad de Salamanca por el maestro fray Francisco de Vitoria.

El emperador ordenó la suspensión de la guerra de conquista, y personalmente se volvió alumno de Vitoria, asistió a su clase; el maestro fue llevado en parihuelas.

“Nitidamente, sin salir de su oficio de teólogo, este fraile domí
tico analiza los hechos y se plantea el problema”.

La cuestión se formula con absoluto rigor científico.

No es nuestro objeto seguir a Vitoria en la discusión puramente teológica; pero las consecuencias de este análisis revisten una gran importancia.

Si el viejo orden ha desaparecido por la destrucción de los presupues
tos en que se fundaba, esto no quiere decir que deba dejarse al mundo entregado al desorden.

Subsiste un presupuesto: la esencial igualdad de los hombres, sujetos de derecho por su misma calidad humana y la exigencia de sociabilidad de la naturaleza humana.

Estos dos hechos, necesidad de solidaridad, sociabilidad para cum
plir los fines humanos, lealtad de la autoridad que mediante el consentimiento tácito o implícito democrático, sirva al bien común, serán la base sobre la cual se asiente la nueva organización política y jurídica regulada, no sólo por el Jus Civile, sino por un derecho que ha de regir las relaciones entre los grupos sociales, el Jus Inter Gentes, el Derecho internacional.

Esta es la respuesta a los problemas que se han planteado, en pleno apogeo del Imperio, pero previendo su desaparición con lucidez excepciónal.
En los albores mismos del mundo moderno, aparece el Derecho Internacional.

¿Cómo y dónde nació?
El padre Vitoria, anónimo, desconocido, como los constructores de las grandes catedrales góticas, y como muchos de los hombres notables, tomó o se le dio el nombre del lugar donde nació: Vitoria, de la provincia de Alava.

Como Santo Tomás, de Aquino, San Francisco de Asís, Pablo de Tarso y así otros.

¿Sus obras?
Es mérito de Rafael Aguayo Spencer, haber hecho la primera edición en México de las relaciones jurídicas de Vitoria, Jus, 1945.
Selección de texto que el padre Getino tradujo de las obras completas de Vitoria hecha en Madrid en el año de 1765.
Fray Luis es el creador, antes que Grocio y Gentile, del Derecho Internacional.

Así aparecen los fundamentos teóricos, de la ciencia política y jurídica que regiría a los Estados, pero la realidad es otra. Es el viejo predominio de las naciones poderosas; o de los bloques, por dominar al mundo.

La hora actual

En nuestros días, con las armas nucleares o encontramos una nueva organización racional para el mundo o la humanidad se destruye.

Nadie niega los peligros y la crisis tan profunda que vivimos en el presente ni los efectos de ella que no podemos evadir: desequilibrios sociales, económicos, jurídicos, familiares, internacionales, todos nos afectan y nos atemorizan.

Hay formas alarmantes de delincuencia que afectan a la vida humana desde la niñez hasta al hombre adulto, la difusión del uso de las drogas, el uso de la violencia, la pornografía y la sexualidad en sus más repugnantes aspectos, los secuestros de personas inocentes, la destrucción de instituciones y los medios de comunicación tan perniciosamente utilizados, los aeropiratas, y grupos que solo confían en la violencia, que actúan en todos los países.

Es casi imposible, y por otra parte inútil, hacer el inventario o el esquema de esta patología. Lo importante sería descubrir sus causas y aplicar los métodos de solución.

Como ejemplo de este mundo irracional damos el siguiente dato.
En 1969 el presupuesto militar mundial alcanzó cerca de 200,000 millones de dólares (2 billones 500 mil millones de pesos). En contraste, las inversiones privadas extranjeras sumaron 19,600 millones.
(170,000,750,000 pesos), o sea, menos del siete por ciento de los gastos en armas y mantenimiento de las fuerzas armadas.

Según estadísticas recientes de la UNESCO, el promedio anual de gastos por cada soldado es de 7,800 dólares (97,500 pesos), mientras que el promedio de gastos por niño estimándose la existencia de 1,000 millones de niños en edad escolar es apenas de 100 dólares (1,250 pesos).

Desde Polonia a Checoslovaquia, desde Grecia a África del Sur, desde Brasil a Vietnam del Sur, la lección es clara: no hay soluciones militares para el hambre y la pobreza, ni para la ausencia de instituciones políticas que permitan al pueblo establecer y seguir sus propias prioridades nacionales.

Naturalmente no todos son datos negativos o alarmantes sino que hay también aspectos positivos: el conocimiento más claro del mundo en que vivimos; la iniciación de los viajes espaciales, el adelanto de la tecnología y de la ciencia, y sobre todo el trabajo constante y profundo de los filósofos, juristas, sociólogos y de hombre de fe, así como la actividad de las iglesias tanto para lograr su unidad como para otorgar al mundo un mensaje claro y alegre de la vida, de la sociedad, y de la mejor organización de las instituciones.

*Los documentos actuales sobre el tema*

Dentro de un esquema realista del balance de nuestra época el pronóstico es optimista, sin desconocer lo dicho, todos los vicios y peligros de nuestros días.

Han aparecido varios documentos que precisan las soluciones a los problemas actuales y que merecen ser estudiados a fondo y puestos en práctica, ambos han sido redactados por el hijo de una humilde familia campesina, quien fue sargento en la primera guerra: Angelo Roncalli, después, cardenal y Pontífice Juan XIII, nombre que adoptó al asumir la cátedra de Pedro.

Su primera carta Encíclica, dirigida a todos los hombres de buena voluntad, se refiere a la solución de los problemas de la Justicia Social, se titula *Mater et Magistra*, y la segunda a la Organización Jurídica del mundo y se llama de la Paz en la Tierra (Pacem in Terris) ambos documentos se complementan y ofrecen, el que hasta ahora, es, creo el estudio más comprensivo y completo para resolver con justicia, realidad, libertad, y técnica, los problemas de nuestro tiempo y de nuestro mundo.

Como este escrito es ya muy extenso, solo invito, éxito, a un estudio profundo, serio y urgente de estos documentos.

De la doctrina firme y audaz de los programas y proyectos fincados
en la realidad contemporánea, y lanzadores a una acción inmediata y futura que se encuentra en los últimos documentos Conciliares y Pontificios, quiero entresacar solamente algunos párrafos de la Encíclica sobre la Paz de la Tierra.

LA ELEVACIÓN DE LAS COMUNIDADES POLÍTICAS EN FASE DE DESARROLLO ECONÓMICO

Dada la comunidad de origen, de cristiana Rendición y de fin sobrenatural que vincula mutuamente a todos los hombres y los llama a formar una sola familia cristiana, hemos exhortado en la Encíclica Mater et Magistra a las Comunidades políticas económicamente más desarrolladas a cooperar en múltiples formas con las que están, todavía en proceso de desarrollo económico.

Reconocemos ahora no sin grande consuelo nuestro, que tales invitaciones recibieron amplia acogida, y confiamos en que seguirán habiendo todavía más plena aceptación: de tal modo que aun los pueblos más necesitados alcancen pronto un progreso económico tal que sus ciudadanos puedan llevar una vida más conforme con la dignidad humana.

Pero siempre ha de insistirse en que dicha ayuda a esos pueblos se debe dar en forma que respete íntegramente su libertad, y les deje sentir que, en ese mismo progreso económico y social, son ellos los primeros responsables y los principales artífices.

Como hoy el bien de todas las Naciones propone cuestiones que interesan a todos los pueblos y como semejantes cuestiones solamente puede afrontarlas una autoridad pública, cuyo poder, forma o instrumentos sean suficientemente amplios y cuya acción se extienda a todo el orbe de la tierra, resulta que, por exigencia del orden moral, es menester constituir una autoridad pública sobre un plano mundial.

PODERES PÚBLICOS CONSTITUIDOS DE COMÚN ACUERDO Y NO IMPUESTOS POR LA FUERZA

Estos poderes públicos, cuya autoridad se ejerce sobre el mundo entero y provistos de medios adecuados que lleven al bien común universal, se han de crear ciertamente con el consentimiento de todas las Naciones, no se han de imponer a la fuerza. Lo cual se prueba porque, debiendo esta autoridad desempeñar su oficio eficazmente, conviene que sea igual con todos, extenda de toda parcialidad y orientada al bien común de todas las gentes. Si las Naciones más poderosas impusiesen por la fuerza esta autoridad universal, con razón se habría de
tener que sirviese al provecho de unos pocos o que estuviese del lado de una sola Nación; y de este modo la fuerza y eficacia de su acción correrían peligro. Las Naciones, por mucho que discrepen entre sí en el aumento de bienes materiales y en su poder militar, defienden tenazmente la igualdad jurídica y la propia dignidad moral. Por esto, no sin razón, los Estados se someten de mal grado a una potestad que se les impone por la fuerza, o a cuya constitución no han contribuido, o a la que no se han adherido espontáneamente.

EL BIEN COMÚN UNIVERSAL Y LOS DERECHOS DE LA PERSONA

Como no se puede juzgar del bien común de cada Nación sin tener en cuenta la persona humana, lo mismo se debe decir de las conveniencias generales de todas las Naciones; por lo cual la autoridad pública y universal debe mirar principalmente a que los derechos de la persona humana se reconozcan, se tengan en el debido honor, se conserven indemnes y realmente se desarrollen. Esto lo podrá llevar a cabo o por sí mismo, si el asunto lo consiente, o estableciendo en todo el mundo condiciones con cuya ayuda los jefes de cada Nación puedan desempeñar su cargo con mayor eficacia.

REALIZACIONES DE ESTOS TIEMPOS

Como es de todos sabido el 26 de junio de 1945 se fundó la Organización de las Naciones Unidas —conocida con la abreviatura ONU— a la que después se le agregaron otros organismos inferiores compuestos de miembros nombrados por la autoridad pública de las diversas Naciones, a éstos se les confirieron asuntos de gran importancia que interesaban a todas las Naciones de la tierra y que se referían a la vida económica, social, cultural y sanitaria. Las Naciones Unidas se propusieron como fin esencial mantener y consolidar la paz de las Naciones, fomentando entre ellas relaciones amistosas basadas en los principios de igualdad, mutuo respeto y múltiple cooperación en todos los sectores de la convivencia humana.

La importancia de las Naciones Unidas se manifiesta claramente en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que la Asamblea General ratificó el 10 de diciembre de 1948. En el preámbulo de esta Declaración se proclama como ideal que todos los pueblos y naciones han de procurar el efectivo reconocimiento y respeto de estos derechos y de las respectivas libertades.

No se nos oculta que algunos capítulos de esta Declaración parecieron
a algunos menos dignos de aprobación: y no sin razón. Sin embargo, creemos que esta Declaración se ha de considerar como un primer paso e introducción hacia la organización jurídico-política de la Comunidad mundial, ya que en ella solemnemente se reconoce la dignidad de la persona humana de todos los hombres y se afirman los derechos que todos tienen a buscar libremente la verdad, a observar las normas morales, a ejercer los deberes de la justicia, a exigir una vida digna del hombre, y otros derechos que están vinculados a éstos.

Deseamos, pues, vivamente que la Organización de las Naciones Unidas pueda ir acomodando cada vez mejor su estructura y sus medios a la amplitud y nobleza de sus objetivos. Ojalá venga cuanto antes el tiempo en que esta Organización pueda garantizar eficazmente los derechos del hombre: derechos que por brotar inmediatamente de la dignidad de la persona humana, son universales, inviolables e inalienables. Tanto más, cuanto que hoy los hombres participan cada vez más activamente en los asuntos públicos de sus respectivas Naciones, siguen con creciente interés la vida de las otras, y se hacen más conscientes de que pertenecen como miembros vivos a una comunidad mundial.

Como la actual civilización se distingue sobre todo por la ciencia y los inventos técnicos, ciertamente nadie puede entrar y actuar eficazmente en las instituciones públicas si no posee el saber científico, la idoneidad para la técnica y la pericia profesional.

La acción como síntesis de elementos científico-técnico-profesionales y de valor espiritual

Téngase presente que todas estas cualidades de ninguna manera bastan para que las relaciones de la vida cotidiana se conformen con una práctica más humana, la cual ciertamente es menester que se apoye en la verdad, se rija por la justicia, se consolide con la caridad mutua, y esté aflanzada habitualmente en la libertad.

Para que los hombres realmente lleguen a la práctica de estos consejos, han de trabajar con gran diligencia, primero en cumplir, en la producción de las cosas terrestres, las leyes propias de cada cosa y observar las normas que convienen a cada caso, luego en conformar sus propias acciones con los preceptos morales, procediendo como quien ejercita su derecho o cumple su deber. Más aún, la razón pide que los hombres, obedeciendo a los providenciales designios de Dios relativos a nuestra salvación y sin descuidar la propia conciencia, actúen en la vida armonizando plenamente su ciencia, su técnica y su profesión con los bienes superiores del espíritu.
SOLICITUD CONSTANTE

Debemos, sin embargo, anotar aquí lo difícil que es entender adecuadamente la relación entre las situaciones concretas y las exigencias objetivas de la justicia, es decir, la exactitud de los grados y formas con que se han de aplicar los principios doctrinales a la realidad concreta de la conveniencia humana.

La exactitud de aquellos grados y formas se hace tanto más difícil por cuanto nuestra época está caracterizada por una acentuada tendencia a la velocidad. Por lo cual, en el trabajo cotidiano de conformar cada vez más la realidad social con las exigencias de la justicia, es necesario que nuestros hijos vean una labor que jamás puede darse por definitivamente terminada, como para descansar sobre ella.

Más aún, conviene que todos consideren que lo que se ha alcanzado no basta para lo que exigen las necesidades y queda, por tanto, mucho todavía por realizar o mejorar, tanto en las empresas productoras, en las asociaciones sindicales, en las agrupaciones profesionales, en los sistemas de seguros, como en las instituciones culturales, en las disposiciones de orden jurídico, en las formas políticas, en las organizaciones sanitarias, recreativas, deportivas y otras semejantes, de las cuales tiene necesidad esta edad nuestra, era del átomo y de las conquistas espaciales, era en que la familia humana ha entrado en un nuevo camino con perspectivas de una amplitud casi sin límites.

INMENSA TAREA

A todos los hombres de alma generosa incumbe pues, la tarea inmensa de restablecer las relaciones de convivencia basándolas en la verdad, en la justicia, en el amor, en la libertad, las relaciones de convivencia de los individuos entre sí o de los ciudadanos con sus respectivas comunidades políticas, o de las varias comunidades políticas unas con otras, o de los individuos, familias, entidades intermedias y Comunidad política respecto de la Comunidad mundial. Tarea ciertamente nobilísima, como que de ella derivaría la verdadera paz conforme al orden establecido por Dios.

Estos hombres, demasiado pocos por cierto para tan ingente tarea, merecedores del aplauso universal, es justo que reciban de nos el elogio público, al mismo tiempo que una urgente exhortación a perseverar en tan saludable empresa. Pero nos alienta por igual la esperanza de que otros muchos, sobre todo entre los cristianos, urgidos por la conciencia del deber y la exigencia de la caridad, vendrán a sumarse a ellos. Por que todos cuantos creen en Cristo, deben ser en esta nues-
tra sociedad humana como una antorcha de luz, un fuego de amor un fermento que vivifiue toda la masa, y tanto mejor lo serán cuanto más unidos estén con Dios.

En uno de los últimos estudios del Doctor José M. Gallegos Rocaful, otro ilustre Teólogo, maestro en nuestra Universidad cuatricentenaria, explica la obra del insigne Fray Francisco de Vitoria con las siguientes palabras exactas:

En su reelección de los indios recientemente descubiertos sostiene que han de ser tenidos como legítimos dueños de sus propiedades y que sus reyes y príncipes han de ser considerados como los soberanos auténticos de aquellos países a menos de haber perdido su dominio por alguna razón que amene su derecho. No anula ciertamente la supuesta donación pontificia, porque el Papa, como suprema autoridad de la Iglesia, que es una sociedad religiosa, espiritual, tiene un poder espiritual y no temporal. Ni el Papa “es señor civil o temporal de todo el orbe”, ni “tiene ninguna potestad sobre aquellos indios”, ni sobre los demás infieles. Únicamente le compete respecto de ellos disponer “lo que sea necesario para administrar las cosas espirituales” como, por ejemplo, enviarles misioneros. Tampoco piensa Vitoria que sean título legítimo para despojar a los naturales de su soberanía las enormidades morales que se les atribuyen, tales como “el comer carne humana, indiferente concubinato con la madre, las hermanas o los varones, la tiranía, los sacrificios humanos…, pues no tienen los extranjeros autoridad sobre ellos para castigarlos”.

En cambio, sí tienen determinados derechos en cuanto hombres o en cuanto cristianos, en virtud de los cuales pueden recoger las Indias, habitárselas, comerciar con los indígenas, hacer con ellos pactos y alianzas, predicarles su fe y exigir el libre ejercicio de la religión cristiana. Si los naturales respetan esos derechos, no hay motivo alguno para despojarse de sus señoríos y propiedades; pero si se niegan a reconocerlos, los españoles pueden recurrir a la fuerza para ejercerlos y llegar incluso a erigirse en soberanos de aquellos países. Definir con exactitud estos derechos y muy especialmente el de la apelación a la guerra, fue el genial acierto de Vitoria y la aportación más valiosa que en el orden jurídico hicieron las Indias al pensamiento europeo.

Régimen justo a que habían de someterse los indios

La cuestión la plantea, la divulga y la impone Fray Bartolomé de las Casas, que es quien en el orden político tiene una visión más humana y generosa. Lástima que sus dotes intelectuales no estén a la altura de sus sentimientos. Sus ideas políticas son las aceptadas por la tradición escolástica, que él diluye en una exposición farragosa y las deja en el estado embrionario en que las encuentra sin desarrollarlas a la luz de
la experiencia del Nuevo Mundo. Pero acierta en cuanto exige como un imperativo de la justicia, que se dé a cada pueblo con las leyes y con los principes, que tenían antes de la conquista. Con todos ellos habría que formar como una confederación o imperio, sobre el que los reyes de España, como los emperadores medievales, ejerceran una supremaencia meramente honorífica y protectora. Desde luego, para ejercerla, no podrán implantar otros medios que la persuasión, la enseñanza y el buen ejemplo.

No expuso Vitora de manera explícita el régimen político que, a su juicio, habían de tener las Indias. Parece que se inclina a hacer de ellas uno o varios reinos sometidos a la soberanía española, pero con los derechos y autonomía que tenían en la península Aragón y Cataluña. En lo que sí está muy claro es en que “no se puede gravar a ellos más que a los otros súbditos cristianos, ya sea imponiéndoles mayores tributos, ya sea privándoles de libertad, ya con otras cosas opresoras”. Los reyes de España “están obligados a dar leyes convenientes a su república (la de los indios) de tal modo que se conserven y aumenten y no se les despoje de su dinero ni de su oro”. Pero “no basta que el príncipe dé buenas leyes a los pueblos bárbaros, sino que está obligado a poner ministros que vean por su observancia, y hasta que esto no se logre, el rey no está exento de culpa”.

En esto último le sobraba la razón porque, a pesar de tantas leyes humanitarias y justiciarias, hubo en las Indias grandes abusos. El mayor de todos, los intentos de imponer la esclavitud. En realidad fue una cuestión de hecho y no ideológica. No es del todo cierto que defendiera su licitudo Juan Ginés de Sepúlveda, aunque su retorno a Aristóteles puro, es decir, no suavizado por el pensamiento medieval, y su consecuente justificación de la servidumbre natural, son en el fondo el único argumento con que hasta nuestros días se trata de justificar la explotación del hombre por el hombre, con o sin el nombre de esclavitud.

La Filosofía en México, en los siglos XVI y XVII. (Págs. 123, 124 y 125, del libro Estudios de Historia de la Filosofía de México, de José M. Gallegos Rocaull, Imprenta Universitaria.

EL LLAMAMIENTO MÁS RECENTE

Hay que tomar en cuenta, dentro de los documentos últimos del Magisterio, que se refieren al tema la Populorum Progressio del Desarrollo de las Naciones, la Humana Vitae, de la vida Humana, Spes et Gaudium, el nuevo documento social y el Mensaje de Pascua del presente año de su Santidad Pablo VI.

Este último documento contiene las siguientes verdades con las cuales concluye este estudio.
Al mismo tiempo advertimos en la humanidad una necesidad dolorosa y, en cierto sentido, profética de esperanza, como respiro para vivir. Sin esperanza no se vive. La actividad del hombre está más condicionada por la espera del futuro, que por la posesión del presente. El hombre tiene necesidad de “finalismo”, de ánimo, de subcrear previamente la felicidad futura. El entusiasmo que es el resorte de la acción del riesgo, sólo puede surgir de una esperanza fuerte y serena. El hombre tiene necesidad de un optimismo sincero, no ilusorio.

Pues bien, hombres amigos, que nos escuchéis: Nosotros podemos hoy dirigirnos un mensaje de esperanza.

La causa del hombre no sólo no está perdida, sino que se encuentra en clara ventaja. Las grandes ideas, que son los faros del mundo moderno, no se apagarán. La unidad del mundo se hará. La dignidad de la persona humana será reconocida no sólo formalmente, sino realmente. La inviolabilidad de la vida, desde el seno materno hasta el final de la vejez, obtendrá un general y efectivo reconocimiento. Las indebidas desigualdades sociales quedarán niveladas. Las relaciones entre los pueblos serán pacíficas, razonables y fraternas. Ni el egoísmo, ni la arbitrariedad, ni la indigencia, ni el desenfreno de las costumbres, ni la ignorancia, ni las numerosas manías que todavía caracterizan y angustian a la sociedad contemporánea, impedirán la instauración de un verdadero orden humano, de un bien común, de una nueva civilización.

No podrá ser abolida la debilidad humana, ni el deterioro de los objetivos, ni el dolor, ni el sacrificio, ni la muerte temporal, pero toda miseria humana podrá encontrar asistencia y alivio; más aún, conocerá el valor superior que nuestro secreto puede conferir a cada debilidad humana. La esperanza no se apagará, precisamente en virtud de ese secreto, que hoy para cada uno de los que nos escuchan, no es ya un secreto. Nosotros lo comprendéis: es el secreto, mejor dicho, es el anuncio pascual.

Toda esperanza se funda sobre una certeza, sobre una verdad, que en el drama humano no puede ser solamente experimental y científica. La verdadera esperanza, que anima el intrépido caminar del hombre, se funda en la fe. La fe, que en el lenguaje bíblico “es fundamento de las cosas esperadas” (Heb 11, 1), y en la realidad histórica es la venida, es Aquel que hoy celebramos: ¡Jesús Resucitado!

No es sueño, no es utopía, no es mito; es realismo evangélico. Y sobre este realismo nosotros, los creyentes, fundamos nuestra concepción de la vida, de la historia, de la misma civilización terrena, que nuestra esperanza trasciende, pero que al mismo tiempo estimula en sus intrépidas y confiadas conquistas.